

(Traducción en español)

Rocca di Papa, 23 de noviembre de 1977

Contactos de Chiara con Pablo VI

Entrevista a Chiara de Jean-Claude Darrigaud para el libro *Toute soif a son eau*

(...)

Jean-Claude: Cuáles han sido tus contactos con Pablo VI antes de que fuera Papa, y ahora como responsable de nuestra Iglesia.

Chiara: La relación con Pablo VI nació sencillamente de este hecho: Eli, una de mis primeras compañeras, es parienta, en cierto modo, es parienta del hermano de Pablo VI. Y un día, en nuestro focolar en Roma, yo había difundido un lema, que es además una frase conocida: "*Nulla dies sine anima*", "Ningún día sin un alma". Entonces Eli pensó: "¿Qué puedo hacer hoy para conquistar a alguien? ¡Ah! Conozco a mons. Montini, voy a visitar a mons. Montini".

Entonces Eli fue con Mons. Montini y empezó a contarle un poco, más o menos, lo que se hacía, los acontecimientos que se iban desarrollando. Más adelante fue con otras compañeras mías, hasta que Mons. Montini dijo: "Pero ¿no podría yo conocer a esta Chiara?". Entonces fui también yo.

Enseguida entendí que era una persona excepcional. A él le contaba todo, todo lo que sucedía. Le llamábamos por teléfono, incluso una vez a las 11 de la noche; por lo cual nació una especie de amistad y una estima. Lo que él admiraba del Movimiento era la fe, esta gran fe.

Recuerdo que una vez me desahugué un poco con él –pero él me entendió– diciéndole: "Pero mire, monseñor, ¿qué son todas estas bellezas de Roma? ¿Qué son todos estos monumentos, todas estas obras de arte, estos mausoleos? –recuerdo que dije–, ¿qué son? Nada en comparación con Jesús en medio; nada frente a Jesús en medio".

Él asentía y se quedó contento –lo supe después–, muy contento de esto. Tan es así, que aún estando nosotros bajo estudio, él nos procuró una audiencia con el Papa Pío XII, que precisamente preguntó quién era la animadora; por lo cual pude estrecharle la mano al Papa, nos dio un recuerdo y nos fuimos.

Cuando lo eligieron Papa quiso..., me concedió una audiencia, que yo no solicité, se la pidió otra persona. Y en la primera audiencia tuve enseguida una clara sensación: que ya no me encontraba ante Mons. Montini, sino ante el Vicario de Cristo; con el mismo de antes, sí, y mucho más.

Quiso que le contara a qué punto se encontraba nuestro Movimiento –en parte ya había sido aprobado por Juan XXIII–; y cuando llegué a contarle sobre los hermanos cristianos no católicos, vi que prestaba una singular atención, estaba muy, muy interesado; y me dijo que cualquier cosa que tuviese que decirle, fuese a visitarlo. También me dijo –tras la exposición que le hice de un Movimiento tan variado, en ese entonces era ya tan variado, con tantas Ramas, tantas ramificaciones, que entraba en los conventos de monjas, de religiosos, entre los sacerdotes, por todas partes, que no se podía configurar como ninguna otra obra quizás existente en la Iglesia–, él me dijo: "Dígame todo, porque aquí nada es imposible".

Y por sus palabras sentí..., en sus palabras advertí la sabiduría; me parecía estar como delante de Jesús en la tierra; y esta fue una impresión tan fuerte –la repito cada vez que voy– que tuve la sensación que el techo de aquel despacho en el que el Papa recibe, su estudio, no existiese, sino que el cielo y la tierra se tocasen.

Ésta fue la primera vez. Después, por diversas razones, volví muchas veces; y cada vez, aunque fuesen otras las razones que me llevaban allí: referentes a estas acciones ecuménicas, o bien referentes a obras que tenían que ver con la Iglesia, tuve siempre la ocasión de decirle algo sobre nuestro Movimiento, porque nacían cada vez nuevas ramas, por lo cual necesitaba la aprobación del Papa. Y él mismo, personalmente, quería avocarse la cosa y darnos su aprobación, sin hacernos pasar a través de las Congregaciones, porque nosotros fuimos aprobados directamente por el Papa.